



## CÓMO HACEN LOS POBRES PARA SOBREVIVIR

javier auyero  
sofía servián

### 1. Maneras de comprender la subsistencia en los márgenes

Cincuenta años atrás, la antropóloga Larissa Lomnitz llevó a cabo el trabajo de campo que dio origen a un libro que se convirtió en obra de referencia, *¿Cómo sobreviven los marginados?* El texto fue publicado casi al mismo tiempo que otro clásico sobre un tema similar, *All Our Kin*, de la antropóloga Carol Stack. Lomnitz y Stack inauguraban así una agenda de investigación sobre el papel que ocupaban las redes de reciprocidad en las estrategias de sobrevivencia de los pobres urbanos en América Latina y en los Estados Unidos. Medio siglo más tarde, esa línea de investigación empírica continúa de manera vigorosa en América Latina y los Estados Unidos (Desmond, 2012, 2017; Edin y Lein, 1997; Edin y Shaefer, 2016; Fernández-Kelly, 2015; González de la Rocha, 2001, 2020; Lubbers, Small y Valenzuela García, 2020; Newman, 2020; Raudenbush, 2020; Sánchez-Jankowski, 2008; Small, 2004; Small y Gose, 2020; Gutiérrez, 2004; Eguía y Ortale, 2007; Alzugaray, 2007). Junto con las redes de intercambio recíproco y los programas estatales de asistencia (Hunter y Borges Sugiyama, 2014; Díaz Langou y otros, 2021), la investigación social en América Latina ha señalado a las redes clientelares o de patronazgo y a la protesta popular como las formas principales mediante las cuales los sectores de menos recursos procuran satisfacer necesidades básicas como la vivienda, la alimentación y la salud (Álvarez-Rivadulla, 2017; Fischer, McCann y Auyero, 2014; Holland, 2017; Holston, 2009; Pérez, 2018; Rossi, 2017).<sup>16</sup>

<sup>16</sup> De acuerdo con la literatura más reciente, utilizamos "clientelismo" y "patronazgo" como términos intercambiables. Véanse Kitschelt y Wilkinson (2007) y Wilkinson (2007).

Las redes de intercambio recíproco cumplían un papel central entre los habitantes de Cerrada del Cóndor, barriada de alrededor de doscientas casas de la ciudad de México, en la que Lomnitz (1975) realizó su trabajo de campo entre 1969 y 1971. La vida entre quienes “carecían de seguridad laboral, seguridad social o un nivel de ingresos mensual razonablemente seguro” (1975: 2) se desarrollaba, nos dice Lomnitz, “como un complejo diseño de supervivencia. Instituciones ancestrales, como el compadrazgo (parentesco ficticio o padrino) y el cuatismo (una forma tradicional de amistad masculina), se movilizan para reforzar y fortalecer la estructura de las redes de intercambio local” (1975: 3). De acuerdo con la autora, en un contexto de ausencia de acción estatal, “la inseguridad básica de la existencia marginal solo puede compensarse de una manera: generando mecanismos de solidaridad económica, basados en la plena movilización de los recursos sociales del individuo” (1975: 89). Las redes de ayuda mutua son definidas “por el flujo de intercambio recíproco de bienes, servicios e información económicamente valiosa” (1975: 91).

A diferencia de Cerrada del Cóndor, la ayuda estatal era bastante generalizada en *The Flats*, el barrio pobre en el que llevó a cabo su investigación Carol Stack (1983). Muchos de los afroamericanos que vivían allí a finales de los años sesenta habían crecido “en asistencia pública, y ahora como adultos [...] estaban criando a sus hijos con asistencia pública” (1983: 27). Y, sin embargo, los residentes eran muy conscientes de que “los fondos mínimos que recibían de trabajos mal pagados o de asistencia social no cubrían sus necesidades mensuales: alquiler, comida y ropa”. Los pobres de las zonas urbanas, en el detallado relato de Stack, “se sumergían en un círculo doméstico de parientes que les ayudarían” (1983: 29).

Así, al igual que sus contrapartes en el barrio pobre mexicano, los residentes de *The Flats* adoptaron “estrategias para hacer frente a la pobreza” (1983: 9). Entre los recursos, bienes y servicios que los parientes y amigos “intercambiaban” estaban “comida, estampillas, dinero para pagar alquiler, un televisor, sombreros, dados... un centavo aquí, un cigarrillo allá, comida, leche, sémola y niños” (1983: 33). Esta dependencia del “apoyo cooperativo” era, según Stack, una “respuesta resiliente a las condiciones socioeco-

nómicas de pobreza” (1983: 124), y la obligación de reciprocidad implícita en esas redes de intercambio fue considerada como una “adaptación profundamente creativa” (1983: 43) a condiciones de escasez material. En un párrafo que resume hallazgos análogos a los de Lomnitz, y que nos sirvió de guía en nuestra investigación, Stack (1983: 57) escribe: “Hombres y mujeres en *The Flats* [...] buscan soluciones para sobrevivir. Ponen sus esperanzas en el escenario de su vida y de su acción: en la comunidad cercana, en las personas que los rodean, en los familiares y amigos, y en los nuevos amigos que harán para sobrellevar sus vidas”.

En una revisión reciente de la literatura sobre pobreza urbana en los Estados Unidos, Desmond y Western (2018) abogan por un enfoque multidimensional que entienda la pobreza “no simplemente [como] una condición económica, sino [como] la ecología vinculada de enfermedades sociales e instituciones rotas” (Desmond, 2015: 3).<sup>17</sup> La pobreza, enfatizan, es “adversidad correlacionada que atraviesa múltiples dimensiones (material, social, corporal, psicológica) e instituciones (escuelas, vecindarios, prisiones)” (Desmond y Western, 2018: 308). Los autores sostienen también que es fundamental no “reducir a las personas a sus dificultades” ni ignorar las muchas instancias de “resiliencia y creatividad” (2018: 310). Siendo realistas sobre las duras experiencias de privación, pero al mismo tiempo esperanzados sobre las posibilidades de superar (aunque sea de manera parcial) algunas de ellas (Ortner, 2016), este libro se centra en esas instancias examinando las diversas estrategias de supervivencia que los marginados practican no solo para mantenerse a flote, sino también para mejorar sus vidas (para “subsistir” y “salir adelante”). Así como la pobreza es multidimensional, veremos que también lo son las estrategias que utilizan las personas pobres para sobrevivir y (buscar) prosperar. Centrarnos en las estrategias de supervivencia nos permite acercarnos a la marginalidad urbana no solo en términos de las

17 Los trabajos del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA) también abogan por un enfoque (y medición) multidimensional de la pobreza. Véanse, por ejemplo, Bonfiglio (2018) y Eguía y Ortale (2007).

carencias (la falta de ingresos, de infraestructura, de paz, etc.), sino también de los esfuerzos individuales y colectivos por mejorar las condiciones de vida.

Desmond y Western, además, abogan por un enfoque relacional de la pobreza, uno que se centre en transacciones y procesos que vinculan a los actores con poder desigual. Atendemos este llamado enfocándonos en estrategias de supervivencia que no solo conectan a actores que ocupan posiciones similares en el espacio social (como todavía lo hace parte de la literatura sobre redes de reciprocidad), sino también actores con poder desigual (residentes pobres, intermediarios, funcionarios estatales). Las estrategias de subsistencia, como veremos, implican relaciones horizontales y verticales, algunas de las cuales conectan a los desposeídos con las autoridades políticas establecidas. Por tanto, colocamos la política, definida como “interacciones en las que los actores hacen reclamos relacionados con el interés de otra persona, en las que los gobiernos aparecen como objetos, iniciadores, o terceras partes en esos reclamos” (Tilly, 2008), en el centro de las discusiones sobre la subsistencia (Phillips, 2018; Small, 2004). Así como la pobreza es relacional, veremos que también lo son las estrategias de supervivencia de los desposeídos.

En la introducción a su perspicaz etnografía del hambre en Singidia, Tanzania, la antropóloga Kristin Phillips (2018: 3) afirma que, anticipándose a la privación de recursos, “la gente lanza amplias redes de conexión, obligación y presión”. A través de “actos tanto de conflicto como de cooperación, y a través de redes de desigualdad e interdependencia” (2018: 3), buscan medios para resolver necesidades urgentes. Nuestra etnografía demuestra que, aunque los contextos son muy diferentes, entran en juego procesos análogos de entrelazamiento horizontal y vertical. La búsqueda incesante de comida, refugio y medicamentos, pero también de reconocimiento y respeto, “acerca a las personas” entre sí y también “las lleva hacia su gobierno” (2018: 3).<sup>18</sup> En nuestro

campo de estudio, este acercamiento al gobierno para subsistir se hizo aún más pronunciado durante los meses en que duró el aislamiento social preventivo y obligatorio decretado por el gobierno nacional en 2020 durante la pandemia de covid-19.

Sabemos que el concepto de “estrategia de supervivencia” conlleva algunos problemas teóricos. Dado que ambos términos (“estrategia” y “supervivencia”) pueden ser objeto de confusión, es necesario aquí hacer ciertas clarificaciones. Por un lado, la noción de “estrategia” puede invocar imágenes de elecciones y decisiones explícitas y deliberadas realizadas por individuos aislados cuando, en realidad, muchas de las maneras en las que los destituidos se las arreglan para lidiar con la privación son parte de un repertorio implícito, dado-por-descontado que a) no siempre es producto de cálculos conscientes o discusiones explícitas, y b) emerge de colectivos y/o de relaciones entre individuos. La noción de estrategia intenta capturar la interacción dinámica entre elecciones (en general, producto de disposiciones) y constreñimientos, riesgos e incertidumbres (objetivas y subjetivamente percibidas) (Bourdieu, 1977; Fontaine y Schlumbohm, 2000; Hintze, 2004; Eguía y Ortale, 2007 y 2004). Quienes han trabajado sobre las estrategias de supervivencia de los marginados en América Latina han remarcado que estas surgen no tanto desde los individuos, sino de relaciones e interacciones –no exentas de conflictos– en los hogares y las familias (Chant, 2002; González de la Rocha, 2001; Hintze, 1989; Gutiérrez, 2004). Carol Stack, es importante recordar, también notaba que las conceptualizaciones tradicionales de familia nuclear no capturaban el carácter extendido, complejo, conflictivo y a veces geográficamente amplio de las unidades desde las cuales se tejían estas estrategias.<sup>19</sup>

Por otro lado, es cierto que, con excepción de circunstancias extremas (campos de concentración, por ejemplo), la gente siempre hace algo más que meramente sobrevivir. Conceptos como

18 Una formulación ahora clásica sobre las intrincadas formas en que la privación genera estos lazos horizontales y verticales, cooperativos y conflictivos fue hecha por la antropóloga Nancy Scheper-Hughes (1993) en su magistral etnografía del sufrimiento en Brasil.

19 Como ejemplo, véase la detallada reconstrucción etnográfica de una segmentada y no cooperativa unidad doméstica pobre en la Nicaragua urbana realizada por el antropólogo Denis Rodgers (2007).

“resiliencia” o “sustentabilidad” apuntan a las muchas otras dimensiones de la vida de los más marginados. Decidimos mantener la noción de sobrevivencia porque, al examinar las maneras de adquirir vivienda, alimentos, seguridad y salud, nos focalizaremos en ese “espacio específico en el cual la persistencia física es incierta” (Phillips, 2018: 8) para aquellos que habitan en lo más bajo del espacio social.

### REDES Y ORGANIZACIONES

Inspirada en Lomnitz y Stack, la vasta literatura en sociología y antropología que guía nuestro análisis, proveniente tanto de América Latina como de los Estados Unidos, examina el papel de las redes sociales en la forma de afrontar la escasez material por parte de los pobres urbanos. Una revisión reciente (Lubbers, Small y Valenzuela García, 2020) analiza tres enfoques “contrastantes, pero también parcialmente complementarios” (2020: 17) sobre la relevancia y funciones actuales de las redes de intercambio entre los pobres. Nos detenemos en esa revisión aquí porque nos será de mucha utilidad para entender el funcionamiento, a veces ambivalente, de las redes entre los marginados del Conurbano. La primera perspectiva, que los autores denominan “solidaridad generalizada”, enfatiza el uso consistente de extensas redes de parentesco y amistad para obtener recursos materiales que ni el Estado ni los salarios de los trabajos formales o informales brindan.

Una perspectiva disímil, denominada “aislamiento generalizado”, retrata una realidad en principio diferente, poniendo énfasis en la erosión de dichos vínculos y el aislamiento de los pobres. En esta línea, y ya a principios de la década de 2000, la socióloga Mercedes González de la Rocha (2001) señalaba que, debido a las crecientes dificultades económicas en México, las estrategias de supervivencia de los pobres (basadas en una diversidad de ingresos y en redes de ayuda mutua) no eran ya “viables”; habíamos pasado, sostenía, de “los recursos de la pobreza” a una “pobreza de

recursos”. Otras investigaciones no solo describen el agotamiento de los recursos que suelen circular dentro de estas redes, sino también su diferente valor. Más que reciprocidad, se afirma que entre los más vulnerables son bastante comunes los “lazos tóxicos” (Del Real, 2019), es decir, relaciones que, intencionalmente o no, pueden volverse abusivas, explotadoras y/o degradantes debido a diferencias de poder. Dada la falta de atención al abuso horizontal y la animosidad lateral en la investigación de la pobreza urbana (Wacquant, 2015) –ausencia que intentaremos rectificar en este libro–, creemos que este aspecto adverso de los lazos sociales debe ser reconocido y examinado empíricamente.

Por último, el enfoque de “solidaridad selectiva” destaca la coexistencia del aislamiento y el uso variable de los lazos de ayuda mutua entre los pobres (Raudenbush, 2016).<sup>20</sup> En esta perspectiva, los más necesitados establecen relaciones de intercambio entre sí, pero restringen selectivamente con quiénes intercambian el apoyo mutuo.

Una gran variedad de estudios de casos etnográficos y cualitativos muestran que, en consonancia con los hallazgos originales de Lomnitz y Stack, los pobres todavía dependen de las redes de ayuda mutua para obtener alimentos, techo, medicamentos y un mínimo de seguridad pública. Estas redes de reciprocidad a menudo funcionan en conjunto con el trabajo informal y/o ilícito, la dependencia de instituciones informales (como el clientelismo), una amplia gama de organizaciones y la acción colectiva (más o menos disruptiva) para reclamar recursos que a menudo están en

20 “Las diferencias observadas”, sostienen Lubbers, Small y Valenzuela García (2020: 17), “pueden explicarse por las características de las poblaciones en estudio (por ejemplo, madres solteras, inquilinos desalojados, trabajadores pobres, inmigrantes recientes, consumidores de drogas sin hogar, personas con movilidad descendente, cada una con diferentes grados de necesidades económicas), por las condiciones a nivel macro en las que se estudiaron (por ejemplo, diferentes estructuras del estado de bienestar, estructuras familiares y niveles de movilidad geográfica), o quizás incluso por los diversos métodos de investigación [...] Se necesita más investigación para comprender en qué condiciones las redes de apoyo social pueden ser sostenibles en la pobreza y cómo se puede mejorar esta sustentabilidad”.

poder del Estado, una acción colectiva cuyo éxito suele depender, a su vez, de densas redes sociales (Diani y McAdam, 2009).

En la zona donde realizamos nuestra investigación no existe ni el total aislamiento ni la solidaridad generalizada, sino que coexisten redes en las que a veces domina la confianza y reciprocidad, y otras la extorsión y el abuso. Lo que es cierto para el caso de algunos núcleos familiares (hogares, como los que examinamos en los capítulos 4 y 5, en los que el afecto coexiste con la agresión física), lo es también para redes más extensas (en donde, a veces, la asistencia deriva en chantaje). Este es el caso de las redes vinculadas a organizaciones políticas que relacionan a vecinos con “referentes” o “punteros”, que examinaremos en el capítulo 3. A lo largo de este libro destacaremos la ambivalencia de muchas de estas relaciones y las distintas maneras de percibirlas y evaluarlas por parte de los vecinos.

Tanto en el origen del barrio como en su presente, las redes de ayuda mutua entre los vecinos jugaron y juegan un papel central. Fueron muy importantes para transmitir información entre los futuros ocupantes antes de la toma de tierras, se fortalecieron en los inicios del barrio para organizar a los vecinos en una diversidad de tareas (abrir calles, cavar zanjas, delimitar terrenos, organizar comedores), y aún hoy funcionan para intentar asegurar la sobrevivencia diaria (obtener recursos para comedores, merenderos, y copas de leche, transmitir información sobre planes estatales de ayuda social, formular reclamos sobre infraestructura, coordinar circulación a pie más o menos segura, etc.).

Aquí se hace necesario destacar que no son solo los individuos quienes crean y sostienen las redes de sobrevivencia, sino que las organizaciones locales cumplen un papel fundamental en la producción y sostenimiento de redes de ayuda mutua. De acuerdo con Small y Gose (2020), organizaciones como iglesias, guarderías, escuelas, comedores populares o centros comunitarios generan conexiones entre los individuos. Lo que ellos denominan “intermediación exitosa” depende del grado en que las normas de esas instituciones hagan que la interacción sea “frecuente, duradera, centrada en otros o centrada en actividades conjuntas” (2020: 92). En los capítulos que siguen veremos que distintos ti-

pos de organizaciones –los comedores comunitarios, y las formadas alrededor de líderes barriales– han cumplido (y todavía lo hacen) un papel importante en las estrategias de supervivencia de los habitantes de barrios pobres del Conurbano. Preguntarse hoy por cómo sobreviven los marginados nos llevará también a indagar en la función de (y las relaciones entre) la acción colectiva y las redes clientelares.

### **SOBREVIVENCIA Y VIOLENCIA**

Los residentes de los barrios pobres en América Latina y los Estados Unidos sienten miedo de ser víctimas de violencia a diario, según muestran distintos estudios etnográficos y cualitativos. Esta preocupación generalizada es coherente con los hallazgos de diversas investigaciones sobre la concentración de la violencia interpersonal en las zonas de bajos ingresos de la región (Moser y McIlwaine, 2000; Rodgers, Beall y Kanbur, 2012; Wilding, 2012; Sharkey, 2019).

¿Cómo afrontan los pobres de las zonas urbanas el miedo generalizado y la amenaza real de la violencia? ¿Están resignados o paralizados por ella, como sugieren quienes ponen el énfasis en la impotencia general que define sus vidas? (Desmond y Travis, 2018). La respuesta simple es negativa: los más necesitados se basan en estrategias individuales y colectivas para lograr un estado de seguridad siempre precario para ellos y sus seres queridos (Abello Colak, Gómez Ramírez y Quintero Valencia, 2014).

En respuesta a una sensación extendida de inseguridad, durante las últimas tres décadas, las clases altas y medias de la región se han aislado cada vez más en comunidades cerradas y amuralladas con seguridad privada (Adams, 2017; Caldeira, 2001; Svampa, 2008; Müller, 2016). En algunos casos, como en Managua, las élites crearon “archipiélagos” de seguridad (Rodgers, 2004) conectando complejos habitacionales fuertemente vigilados con centros comerciales a través de autopistas. Si bien las poblaciones marginadas tienen menor capacidad para modificar la infraestructura

urbana, estas también responden a la violencia circundante produciendo cambios en el entorno físico. Como uno de nosotros describió en otro trabajo (Auyero y Berti, 2016), los habitantes de barrios pobres fortifican sus viviendas, construyen muros para separar sus hogares de las calles y los pasillos, instalan puertas más fuertes (“para que no puedan tirarlas abajo y entrar”) y colocan candados en sus ventanas. Estas modificaciones no solo hacen que los residentes se sientan más seguros cuando están en casa, sino que también los hacen sentir un poco más cómodos para salir de ellas. Resguardarse en sus casas es una de las maneras de evitar la violencia circundante. Asimismo, el “enclaustramiento” de los residentes (McCurn, 2018) incluye el mantenimiento de horarios regulares y límites temporales estrictos (Auyero y Kilanski, 2015; Vega, Flores y Velásquez, 2019).

Sin embargo, cuando los residentes de zonas marginadas inevitablemente deben aventurarse hacia afuera de sus casas, confían en el conocimiento táctico local para mantener un grado mínimo de seguridad (Sánchez-Jankowski, 2008; Penglase, 2014; Harding, 2010). “Saber cómo vivir en Caxambu”, escribe Penglase sobre esta favela en Brasil (2014: 15), “significa saber cómo vivir en un vecindario altamente letal, particularmente si eres joven, hombre, negro o mestizo”.

La información sobre el tiempo, el lugar, las circunstancias y los posibles perpetradores de la violencia viaja a través de las redes locales, a veces en forma de rumores, que sirven a los residentes para navegar por espacios públicos peligrosos. Por ejemplo, Sánchez-Jankowski (2008: 99) muestra que en barrios pobres de los Estados Unidos

la violencia mortal mediante el uso de armas letales era más frecuente en actividades que se hacían muy tarde en la noche o temprano en la mañana. Era más probable que ocurriera en áreas de venta de drogas y fuera de las zonas patrulladas regularmente por la policía. Las peleas podían darse en cualquier lugar, pero era más probable que sucedieran en áreas de encuentro entre los residentes, como lugares donde se practicaban de-

portes, lavanderías y estacionamientos, en los momentos de mayor socialización.

Harding (2010) también habla de un entendimiento compartido sobre los espacios seguros o inseguros –“zonas de peligro” donde se congregan los traficantes de drogas (2010: 44)– y las tácticas de evasión entre los jóvenes pobres.

Este conocimiento táctico y específico del contexto no es simplemente una representación esquemática de lugares y tiempos de riesgo, sino que informa acciones concretas, desde “saltar de barrio” (mentir sobre el vecindario de origen para evitar una pelea con un joven de otro vecindario) (Harding, 2010) y la “elección de escuela” (mandar a los hijos e hijas a escuelas de otros barrios) (Saporito, 2003; Lareau y Goyette, 2014; Hailey, 2020; Denice y Gross, 2016; Burdick-Will, 2017) hasta la ignorancia activa (intencionalmente no escuchar o ver lo que las personas involucradas en actividades criminales locales dicen o hacen) (Auyero y Berti, 2016). Como dice uno de los informantes de Penglase: “Tienes que respetar a ciertas personas, incluso si no siempre estás de acuerdo con lo que hacen. Tienes que pasar y decir ‘Hola, ¿cómo te va?’. Sonríe y sé amigable. Porque los perros pequeños no se pelean con los perros grandes” (Penglase, 2014: 101).

Otra acción de precaución concreta entre los residentes de zonas pobres es desplazarse en compañía de otros. Tanto los jóvenes como los mayores suelen evitar trasladarse solos, en especial de noche, en los barrios marginales de la Argentina (“Vamos a fiestas con nuestros amigos, en grupos... siempre. Necesitás un grupo grande para salir, y es mejor si alguien del grupo es uno bien malo, así que... viste... no te pasa nada malo. Si salís en un grupo chico, o peor, solo... los ladrones te agarran y te roban tus cosas, tus zapatillas” [Auyero y Berti, 2016: 143]). Buscar el auxilio de otros jóvenes que “te protegen” y evitar que otros “jueguen contigo” también es común en los vecindarios pobres de Boston (Harding, 2010).

Por lo tanto, si bien es cierto que la violencia comunitaria genera aislamiento (Perlman, 2011; Pearce, 2019; Vega, Flores y Velásquez, 2019), la evidencia de comunidades marginadas en América

Latina y los Estados Unidos muestra que también genera rutinas (es decir, cursos regulares y predecibles de acción) que requieren conectividad dentro del hogar (como cuando hay que coordinar quién se queda y quién se va, quién va con quién a la parada del colectivo), y entre amigos y conocidos (como cuando los jóvenes organizan conjuntamente sus salidas).<sup>21</sup>

El conocimiento sobre los cuándo, dónde y quiénes de la violencia viaja a través de redes. Y, así como las redes utilizadas para obtener recursos materiales (revisadas anteriormente) pueden volverse abusivas o explotadoras, las relaciones sociales que permiten a los residentes obtener protección también pueden convertirse en fuentes de peligro. Los “bandidos”, como se conoce a los jóvenes involucrados en el tráfico de drogas en las favelas de Río de Janeiro (Gay, 2005; Penglase, 2014; Goldstein, 2013; Arias, 2009), comparten lazos de parentesco y amistad con los residentes. Estos lazos pueden servir a los residentes para “evitar ser objeto de acoso y violencia” (Penglase, 2014: 93), pero también pueden tener un impacto negativo en uno mismo y en su familia inmediata, ya que las demandas de los traficantes de drogas a sus amigos y familiares pueden volverse comprometedoras. En consecuencia, aunque el parentesco y la amistad brindan algo de seguridad adicional a algunos de los informantes de Penglase, también les preocupa que “estas mismas conexiones con los traficantes de drogas puedan exponer [a sus familias] a la violencia” (Penglase, 2014: 99).

La mayoría de las investigaciones sobre estrategias de subsistencia han pasado por alto la violencia estatal y callejera como amenazas literales a la supervivencia diaria de la gente pobre (Auyero y Berti, 2016; Harding, 2010; Penglase, 2014; Larkins, 2015; Perlman, 2011; Ralph, 2014; Soss y Weaver, 2017). Una vez que las incorporamos, vemos la relevancia perdurable de las redes de “parientes y amigos” del tipo analizado por Stack y Lomnitz. A pesar de que estas mismas redes pueden no ser tan extensas y/o

efectivas como se pensaba que eran para la adquisición de alimentos y refugio —y hasta podrían ser más explotadoras y abusivas de lo que se creía (Del Real, 2019; González de la Rocha, 2001, 2020; Lubbers y otros, 2020)—, siguen siendo cruciales para hacer frente a la violencia interpersonal y estatal (Auyero y Kilanski, 2015).

En gran medida, abordamos a las estrategias dedicadas a la subsistencia material y a las desplegadas para la protección y/o prevención de la violencia (interpersonal y estatal) como universos relacionales discretos. Sin embargo, cabe señalar que estas redes de relaciones a veces se superponen y se complementan en la tarea de “supervivencia”, como cuando el mismo vínculo con un pariente cercano que ayuda a obtener un préstamo para comprar alimentos también sirve para coordinar un regreso seguro a casa por la noche o la madrugada, cuando el barrio se torna peligroso. Pero estos mismos lazos que ayudan a un hogar a satisfacer sus necesidades diarias de subsistencia pueden trasladar la violencia a la esfera doméstica, como cuando el primo que le presta dinero a una madre para pagar la ropa de sus hijos puede causarle problemas con una pandilla local involucrada en el tráfico de drogas a la que él pertenece, o el novio del que depende una mujer para obtener dinero extra o para llevar en auto a una hija a la escuela puede ponerla en peligro debido a su participación en actividades delictivas, o el padre que se dedica al robo para proveer el sustento puede provocar que la violencia del Estado o la de sus competidores llegue al hogar (Penglase, 2014; Stitt y Auyero, 2018; Stuart, 2020). En otras palabras, como veremos en los capítulos 4 y 5, la “inmersión” de los pobres en círculos de “parientes que [los ayudarían]” a subsistir (Stack, 1983: 29) también podría traer consecuencias no deseadas que actúen en contra de su supervivencia física. Solo cuando pensamos en la subsistencia material y la seguridad personal simultáneamente podemos ver la complementariedad o incompatibilidad de estos lazos sociales. Cómo y cuándo las redes de reciprocidad se complementan entre sí para ayudar a los pobres a subsistir y resguardarse de la violencia, y cómo y cuándo estas mismas redes pueden actuar unas contra otras en la supervivencia diaria de los pobres es un tema que merece mayor atención empírica y teórica. Cómo y cuándo ambas

21 Ana Villarreal (2023) desarrolla este argumento con gran profundidad analítica e iluminadora evidencia empírica.

estrategias se entrecruzan con formas de control y dominación preexistentes también amerita mayor estudio. A ello dedicamos los capítulos que siguen.